

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Ayunar para Dios es propio de los hombres, no de los ángeles. Se nos exhorta a hablar sobre la utilidad del ayuno; tanto Dios como el tiempo nos lo recuerdan. Esta práctica, esta virtud del alma, esta privación de la carne y ganancia del espíritu no es ofrecida a Dios por los ángeles. Allí hay abundancia y seguridad eterna: y por eso no hay carencia, porque el afecto está lleno de Dios. Allí está el pan de los ángeles: para que el hombre pudiera comer ese pan de los ángeles, se hizo hombre. Aquí todas las almas que llevan carne terrenal llenan sus vientres de la tierra: allí los espíritus racionales, que presiden cuerpos celestiales, llenan sus mentes de Dios. Y aquí hay alimento, y allí hay alimento: pero este alimento, al nutrir, se consume, y así llena el vientre, pero se disminuye; aquel, en cambio, llena y permanece íntegro. Este alimento es el que Cristo nos mandó desear, diciendo: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mateo 5, 6). Por lo tanto, corresponde a los hombres que llevan esta vida mortal tener hambre y sed de justicia: pero ser llenos de justicia pertenece a otra vida. De este pan, de este alimento están llenos los ángeles: los hombres, mientras tienen hambre, se extienden; mientras se extienden, se dilatan; mientras se dilatan, se hacen capaces; y siendo capaces, a su tiempo serán llenados. ¿Qué, entonces? ¿No obtienen nada aquí los que tienen hambre y sed de justicia? Claro que obtienen: pero es diferente cuando buscamos el sustento de los que están en camino, y cuando buscamos la perfección de los bienaventurados. Escucha al apóstol hambriento y sediento, y ciertamente de justicia, cuánta justicia se puede alcanzar en esta vida, cuánta se puede practicar. ¿Quién de nosotros se atrevería a compararse con él, mucho menos a preferirse? Pero ¿qué dice? No que ya lo haya alcanzado, o que ya sea perfecto. Vean quién habla: el vaso de elección, y de alguna manera el extremo de los flecos del vestido del Señor; pero que, sin embargo, sana el flujo de sangre al que lo toca, porque cree: pues es el último de los apóstoles y el más pequeño, como él mismo dice, Yo soy el último de los apóstoles; y, Yo soy el más pequeño de los apóstoles: y de nuevo, No soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios: pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano en mí, sino que he trabajado más que todos ellos: no yo, sino la gracia de Dios conmigo (1 Corintios 15, 8-10). Al escuchar esto, ¿te parece que escuchas a alguien lleno y perfecto? Has oído lo que eructa, escucha también lo que tiene hambre. No que ya lo haya alcanzado, o que ya sea perfecto, dice. Hermanos, yo no pienso que lo haya alcanzado: pero una cosa hago, olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta, al premio de la vocación celestial de Dios en Cristo Jesús (Filipenses 3, 12-14). Dice que aún no es perfecto, que aún no lo ha alcanzado, que aún no lo ha aprehendido: dice que se extiende, que sigue hacia la meta de la vocación celestial. Está en camino; tiene hambre, quiere ser llenado, se esfuerza, desea llegar, arde: nada le es tan molesto como el deseo de disolverse y estar con Cristo (Filipenses 1, 23).

CAPÍTULO II.

2. El ayuno es propio de los hombres que ocupan un lugar intermedio entre los carnales y los ángeles. Por lo tanto, queridos, ya que hay un alimento terrenal con el que se alimenta la debilidad de la carne; y hay también un alimento celestial con el que se llena la piedad del alma; y este alimento terrenal tiene su vida, y aquel tiene la suya: la vida de este alimento es la de los hombres, la de aquel alimento es la de los ángeles. Los hombres fieles, ya separados en el corazón de la multitud de infieles, suspendidos en Dios, a quienes se les dice, Arriba el corazón, llevando otra esperanza, y sabiendo que son peregrinos en este mundo, ocupan un lugar intermedio: no son comparables a aquellos que no consideran otro bien que disfrutar de

los placeres terrenales, ni a aquellos habitantes celestiales, para quienes las únicas delicias son el mismo pan del que fueron creados. Aquellos hombres inclinados a la tierra, buscando alimento y alegría solo en la carne, son comparados con los animales: están lejos de los ángeles tanto en condición como en costumbres; en condición, porque son mortales; en costumbres, porque son lujuriosos. Entre ese pueblo celestial y el pueblo terrenal, el apóstol colgaba de alguna manera en medio: iba hacia allá, se elevaba desde aquí. Sin embargo, aún no estaba con ellos; pues diría, Ya soy perfecto: ni estaba con estos, perezosos, torpes, marchitos, somnolientos, que no piensan que hay otra cosa que lo que ven, y lo que pasa, y lo que nacieron, y lo que morirán; pues si estuviera con ellos, no diría, Sigo hacia la meta de la vocación celestial. Por lo tanto, debemos gobernar nuestros ayunos. Esto no es, como dije, un oficio angélico; ni tampoco es el oficio de aquellos hombres que sirven al vientre: es asunto de nuestra medianía, por la cual vivimos separados de los infieles, anhelando unírnos a los ángeles. Aún no hemos llegado, pero ya vamos: aún no nos alegramos allí, pero ya aquí suspiramos. ¿Qué, entonces, nos beneficia abstenernos un poco del alimento y la alegría carnales? La carne nos inclina a la tierra; el alma tiende hacia arriba: es arrastrada por el amor, pero es retardada por el peso. Sobre este asunto, la Escritura habla así: Porque el cuerpo que se corrompe, agrava el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sabiduría 9, 15). Si, por lo tanto, la carne que se inclina a la tierra es una carga para el alma, y un peso que oprime al que vuela, cuanto más se deleita uno en su vida superior, tanto más deposita de su carga terrenal. Esto es lo que hacemos al ayunar.

CAPÍTULO III.

3. El ayuno es necesario para dominar la carne. No os parezca, entonces, una cosa ligera o superflua, no sea que alguien, al hacerlo por costumbre de la Iglesia, piense para sí mismo, y diga, o escuche al tentador que le sugiere interiormente: ¿Qué haces, porque ayunas? Defraudas tu alma, no le das lo que le deleita; te impones un castigo, te conviertes en tu propio torturador y verdugo. ¿Le agrada a Dios, entonces, que te tortures? ¿Es cruel, entonces, que se deleite en tus penas? Responde a tal tentador: Me torturo, ciertamente, para que él me perdone; me impongo penas, para que él me socorra, para que agrade a sus ojos, para que deleite su dulzura. Pues también la víctima es torturada para ser colocada en el altar. Mi carne oprimirá menos mi mente. Y a tal mal disuasor, siervo del vientre, responde con esta similitud, y di: Si estuvieras montado en un animal, si usaras un caballo que pudiera precipitarte al llevarte; ¿no le sustraerías el alimento al que se enfurece, y lo domarías con hambre, si no pudieras con el freno, para viajar seguro? Mi carne es mi animal: viaje hacia Jerusalén, a menudo me arrastra, y trata de apartarme del camino: pero mi camino es Cristo: ¿no lo refrenaré con ayuno cuando exulta? Si alguien lo entiende, incluso por la experiencia misma prueba cuán útil es ayunar. ¿Acaso esta carne, que ahora se doma, siempre será domada? Mientras fluye temporalmente, mientras se agrava por la condición de mortalidad, tiene sus exultaciones manifiestas y peligrosas para nuestra mente. Pues la carne aún es corruptible, aún no ha resucitado; pues no siempre será así: aún no tiene su estado propio de hábito celestial; pues aún no hemos sido hechos iguales a los ángeles de Dios.

CAPÍTULO IV.

4. Error de los maniqueos sobre la lucha de la carne y el espíritu. La lucha de la carne es el castigo del pecado. No piense, entonces, vuestra Dilección, que la carne es enemiga del espíritu, como si uno fuera el autor de la carne, y otro del espíritu. Pues muchos, pensando esto, realmente desviados por la misma carne, han puesto un autor para la carne, y otro para el espíritu. Usan, además, como testimonio apostólico, lo que no entienden: La carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gálatas 5, 17). Esto es verdad; pero ¿por qué

no atiendes también a otra cosa: Nadie jamás odió su propia carne; sino que la nutre y la cuida, como también Cristo a la Iglesia (Efesios 5, 29)? En la primera sentencia que mencioné, parece haber una especie de lucha entre dos enemigos, la carne y el espíritu; porque la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Pero en esta otra, parece una unión conyugal: Nadie jamás odió su propia carne; sino que la nutre y la cuida, como también Cristo a la Iglesia. ¿Qué hacemos, entonces, entre estas dos sentencias? Si son contrarias, ¿cuál rechazaremos, cuál mantendremos? Pero no son contrarias. Atienda, pues, vuestra Caridad: por ahora acepto ambas, y demostraré, en la medida de lo posible, que ambas son concordantes. Pero tú, quienquiera que seas, que estableces un autor diferente para la carne y otro para el espíritu, ¿qué haces con aquella? Nadie jamás odió su propia carne, sino que la nutre y la cuida, como Cristo a la Iglesia. ¿No te asusta la similitud? porque dice, la nutre y la cuida, como también Cristo a la Iglesia. ¿Consideras la carne como una cadena? ¿Quién ama su cadena? ¿Consideras la carne como una prisión? ¿Quién ama su prisión? Nadie jamás odió su propia carne. ¿Quién no odiaría su cadena? ¿Quién no odiaría su castigo? Y sin embargo, Nadie jamás odió su propia carne; sino que la nutre y la cuida, como también Cristo a la Iglesia. Entonces, tú que pones un autor diferente para la carne y otro para el espíritu, ¿pondrás un autor diferente para la Iglesia y otro para Cristo? Quien piense esto, está equivocado. Por lo tanto, cada uno ama su propia carne, dice el Apóstol, y además del dicho del Apóstol, cada uno lo prueba en sí mismo. Por más que seas un domador de la carne, por más severidad que tengas contra ella, no sé si cerrarías el ojo si se avecina un golpe.

5. Hay, entonces, una especie de matrimonio entre el espíritu y la carne. ¿De dónde, entonces, la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne? ¿De dónde viene este castigo, que se deriva de la descendencia de la muerte? ¿De dónde se dijo, Todos en Adán mueren (1 Corintios 15, 22)? y ¿de dónde dice el Apóstol, Fuimos en otro tiempo también nosotros, por naturaleza, hijos de ira, como los demás (Efesios 2, 3)? Pues aquel recibió el castigo de la muerte, de quien nacimos, y llevamos lo que debemos vencer: y por eso codiciamos contra la carne, para someterla a nosotros, domada, y atraerla a la obediencia. ¿Acaso odiamos, entonces, lo que deseamos que nos obedezca? A menudo uno da disciplina en su casa a su esposa; y la somete cuando se resiste, no la persigue como enemiga. Dominas a tu hijo, para que te obedezca: ¿acaso lo odias? ¿acaso lo consideras enemigo? Finalmente, amas a tu siervo y lo castigas, y al castigarlo lo haces obediente. Tienes sobre este asunto la sentencia clara y completa del mismo Apóstol: No corro así, como a la ventura; no lucho así, como quien golpea el aire: sino que golpeo mi cuerpo, y lo reduzco a servidumbre; no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo sea descalificado (1 Corintios 9, 26-27). Por lo tanto, la carne tiene, por su condición mortal, como ciertos apetitos terrenales: en estos se te ha concedido el derecho del freno. Que te gobierne el superior, para que puedas gobernar al inferior. Tu carne está debajo de ti, tu Dios está encima de ti: cuando quieres que tu carne te sirva, se te advierte cómo debes servir a tu Dios. Atiendes lo que está debajo de ti, atiende también lo que está encima de ti. No tienes leyes sobre el inferior, sino del superior. Eres siervo, tienes un siervo: pero el Señor tiene dos siervos. Tu siervo está más en el poder de tu Señor que en el tuyo. Así que quieres que te obedezca la carne; ¿acaso puede en todo? En todo obedece a tu Señor; no en todo te obedece a ti. ¿Cómo, dices? Caminas, mueves los pies, te sigue: pero ¿acaso irá contigo cuanto quieras? Se anima por ti, ¿acaso cuanto tiempo quieras? ¿acaso cuando quieras, te duele? ¿cuando quieras, estás sano? Pues a menudo tu Señor te ejercita a través de tu siervo; para que, habiendo sido despreciador del Señor, merezcas ser corregido por el siervo.

CAPÍTULO V.

6. La delectación de la carne debe refrenarse un poco incluso de lo lícito. Nuestro ayuno tiene un fin diferente al de los paganos, judíos y herejes. Para que el ayuno beneficie a los herejes, deben volver a la Iglesia. Pero ¿qué te importa a ti? No relajar la delectación de la carne hasta lo ilícito, refrenarla un poco incluso de lo lícito. Pues quien no refrena nada de lo lícito, está cerca de lo ilícito. Por lo tanto, hermanos, el matrimonio es lícito, el adulterio es ilícito; y sin embargo, los hombres templados, para estar lejos del ilícito adulterio, se refrenan un poco incluso del lícito matrimonio. La saciedad es lícita, la embriaguez es ilícita: sin embargo, los hombres modestos, para alejarse de la torpeza de la embriaguez, se castigan un poco incluso de la libertad de la saciedad. Así, pues, actuemos, hermanos, moderemos; y lo que hacemos, sepamos por qué lo hacemos. Al cesar de la alegría de la carne, se adquiere la alegría del espíritu.

7. Por lo tanto, el fin de nuestros ayunos, para nuestro camino: qué es ese camino, y hacia dónde nos dirigimos, esto debe considerarse. Pues también los paganos ayunan a veces, y no conocen la región a la que nos dirigimos: y los judíos ayunan a veces, y no han alcanzado el camino en el que caminamos. Esto es como si alguien domara un caballo, en el que se extravía. Los herejes ayunan: veo cómo van; pregunto a dónde van. ¿Ayunáis, para agradar a quién? A Dios, dicen. ¿Acepta el don, creéis? Pero primero mira lo que dice: Deja tu ofrenda, y ve, reconcíliate primero con tu hermano (Mateo 5, 24). ¿Acaso se desaprobaría tu ayuno si fueras demasiado severo con tu siervo? ¿Se aprobará tu ayuno cuando no reconoces a tu hermano? No pregunto de qué alimento te abstienes, sino qué alimento amas. Dime qué alimento amas, para aprobar que te abstengas de este alimento. ¿Amas la justicia? Tal vez, dices, la amo. Que se manifieste, entonces, tu justicia. Pues creo que es justo que sirvas al mayor, para que el menor te obedezca. Pues hablábamos de la carne, que es menor que el espíritu, y que debe ser domada y moderada como sujeta. Actúas con ella para que te obedezca, y le sustraes el alimento, porque amas que te esté sujeta: reconoce al mayor, reconoce al superior, para que el inferior te ceda correctamente.

CAPÍTULO VI.

La concordia de los miembros del cuerpo te llama a la unidad. ¿Qué, si tu carne te obedece, y tú no obedeces a tu Dios? ¿No te condena ella misma, cuando te obedece? ¿No da testimonio contra ti al obedecerte?

8. ¿Y a quién, dices, al mayor debo obedecer? He aquí que Cristo habla, te decías amante de la justicia: Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros (Juan 13, 34). Escucha, entonces, a tu Señor dando el mandamiento, para que nos amemos unos a otros. Cuando de todos nosotros hace un cuerpo como de miembros, que ese cuerpo tenga una cabeza, el mismo Señor y Salvador; tú, en cambio, te separas de los miembros de Cristo, no amas la unidad. ¿No temerías esto en tus miembros? Si tuvieras un dedo torcido, ¿no correrías al médico para corregir tu dedo? Ciertamente, tu cuerpo está bien cuando tus miembros están en concordia: entonces se dice que estás sano, entonces estás bien. Pero si algo en tu cuerpo disiente de las otras partes, buscas quién lo corrija. ¿Por qué, entonces, no buscas ser corregido, para ser devuelto a la unión de los miembros de Cristo, y encajar en ese cuerpo y en el tuyo? Ciertamente, ¿son más viles que los demás miembros tus cabellos? ¿Qué es más vil en tu cuerpo que tus cabellos? ¿Qué más despreciable? ¿Qué más abyecto? Y sin embargo, si te cortan mal, te enojas con el barbero, porque no guarda la igualdad en tus cabellos: ¿y tú no mantienes la unidad en los miembros de Cristo? ¿Qué, entonces, son, o de qué sirven tus ayunos? ¿Consideras indigno a Dios, a quien todos los que creen en él deben servir en unidad: y sin embargo, quieres que en tus miembros, en tu cuerpo, en tus cabellos se

guarde la unidad? Hablan tus entrañas, tus miembros dan verdadero testimonio contra ti, y tú falso contra los miembros de Cristo.

9. ¿Te has separado del ayuno de los paganos? Piensas esto, y por eso te pareces seguro. Pues yo, dices, ayuno para Cristo, pero ellos para ídolos y demonios. Acepto lo que dices, y de verdad, no lo niego, está diferenciado. Pero he aquí que, como antes, al recordarte yo, tus miembros daban testimonio contra ti, para recordarte cómo debes ser con los miembros de Cristo tu Dios; y los mismos paganos, de quienes separas tu ayuno, te advierten algo sobre la unidad de tu Cristo.

CAPÍTULO VII.

La concordia de los paganos en el culto de dioses en disputa. He aquí que ellos adoran a muchos dioses falsos sin estar divididos: ¿acaso nosotros hemos encontrado al único verdadero para no estar unidos bajo uno solo? Ellos tienen muchos y falsos, nosotros uno y verdadero: y ellos bajo muchos falsos no tienen división, nosotros bajo uno verdadero no mantenemos la unidad. ¿No te duele, no gimes, no te sonrojas? Añadiré algo más: los paganos no solo adoran a muchos dioses falsos, sino a varios que son contrarios y enemigos entre sí. Por ejemplo, recordemos algunos de ellos, si no podemos todos: Hércules y Juno fueron enemigos, pues fueron humanos; él hijastro, ella madrastra: los paganos hicieron templos para ambos, tanto para Juno como para Hércules. Adoran a él, adoran a ella; van juntos a Juno, juntos a Hércules: aunque ellos estén enojados entre sí, son concordes. Vulcano y Marte son enemigos, y Vulcano tiene una causa justa: pero, ¿dónde está el juez que escuche? Pues el pobre odia el adulterio de su esposa; sin embargo, no se atreve a prohibir a sus adoradores que vayan al templo de Marte. Adoran a ambos al mismo tiempo. Si imitan a los dioses, ellos también litigan. Van del templo de Marte al templo de Vulcano: ¡gran indignidad! y no temen que el marido se enoje porque vienen a él desde el templo del adúltero Marte. Tienen corazón, saben que la piedra no puede sentir. He aquí que adorando a muchos, falsos, diversos, adversos, mantienen sin embargo una cierta unidad en su culto: he aquí que los mismos paganos dan testimonio contra ti, de quienes tus ayunos te han separado. Ven, pues, a la unidad, hermano. Adoramos a un solo Dios: nunca hemos visto al Padre y al Hijo litigando. Y que los paganos no se enojen conmigo por lo que he dicho de sus dioses. ¿Por qué se enojarían con mis palabras, y no más bien con sus propias escrituras? Que borren primero, si pueden, o mejor, si quieren, esas escrituras: que los gramáticos no desplieguen velas para enseñarlas. Se enoja conmigo porque yo lo digo, quien paga para que su hijo las aprenda.

CAPÍTULO VIII.

10. La discordia de los cristianos no debe alejar a los paganos de la religión cristiana. La caridad es vida; la disensión, muerte. Por lo tanto, amadísimos, ellos tienen tales dioses, o más bien, los tuvieron. Pues como no quisieron abandonarlos, fueron abandonados por ellos. Y muchos los han abandonado, y aún los abandonan, derriban sus templos en sus corazones: pero alegrémonos por ellos, porque vienen a la unidad, no a la división. Que el pagano no encuentre ocasión para no querer ser cristiano. Concordemos, hermanos, adorando a un solo Dios, para que exhortemos a aquellos a abandonar a los muchos dioses de alguna manera con nuestra concordia, para que vengan a la paz y a la unidad adorando a un solo Dios. Y si acaso se fastidian, y nos calumnian por no tener unidad entre nosotros los cristianos, y por eso son lentos y perezosos para venir a la salvación; hablaré también a ellos un poco, y diré lo que les digáis. Que no nos prefieran su supuesta concordia, que no se complazcan en su unidad. Pues

el enemigo que sufrimos, ellos no lo sufren: a ellos, aunque no actúen así, él los posee. Los ve adoradores de dioses falsos; los ve siervos, y siervos de demonios, ¿qué le importa si litigan, o qué le importa si no litigan? Y aunque sientan uno, aunque falso y vano, y estén de acuerdo entre sí, así los posee. Pero cuando fue abandonado, y muchos acudieron a un solo Dios, abandonaron sus sacrílegos sacramentos, derribaron templos, rompieron ídolos, prohibieron sacrificios; vio que había perdido a quienes tenía, vio que se habían alejado de su familia, que habían conocido al verdadero Dios: ¿qué haría? ¿cómo acecharía? Sabe que no puede poseernos si estamos concordes, no puede dividirnos un solo Dios, no puede imponernos dioses falsos; siente que nuestra vida es la caridad, nuestra muerte la disensión: introdujo disputas entre los cristianos, porque no pudo fabricar muchos dioses para los cristianos; multiplicó sectas, sembró errores, instituyó herejías. Pero todo lo que hizo, lo hizo con la paja del Señor. He aquí nuestra seguridad, aunque él sea violento, aunque él aceche, y siembre diversas disensiones entre los cristianos: si reconocemos a nuestro Dios, si lo mantenemos concordemente, si guardamos la fe, estamos seguros. Hermanos, el trigo de la era o no se va, o regresa: el viento de la tentación se lleva algo de paja, de donde no nos hace un camino de perdición, sino una obra de ejercicio. Cuánta paja no se lleva afuera, y sin embargo, al final será aventada: y toda la paja no va sino al fuego. Por lo tanto, debemos esforzarnos, hermanos míos, mientras hay tiempo, con todas las fuerzas que podamos, con toda la intención que podamos, para que si es posible, también la paja regrese, mientras el trigo no perezca. Aquí se prueba nuestro amor, se nos propone una gran obra de nuestra vida. No sabríamos cuánto amamos a los hermanos, si nadie estuviera en peligro: no se mostraría cuán grande es el amor de búsqueda, si nada retuviera el abismo de la perdición.

CAPÍTULO IX.

11. Se debe actuar de todas las maneras para que los herejes regresen a la unidad. Oficios diversos de pescadores y cazadores. Trabajemos, hermanos, no cesemos, con toda obra, con todo sudor, con afecto piadoso hacia Dios, hacia ellos, entre nosotros, para que no queriendo sofocar su antigua disputa, hagamos nuevas riñas entre nosotros: y sobre todo, seamos cautos en mantener entre nosotros mismos el amor más firme. Ellos se han congelado en sus iniquidades: ¿cómo disolverás en ellos el hielo de la iniquidad, si no ardes con la llama de la caridad? Y no nos preocupemos de parecerles molestos al obligarlos: consideremos hacia dónde; en eso estemos seguros: ¿acaso no hacia la muerte, y no más bien desde la muerte? De todas las maneras posibles, pero con moderación, tratemos las viejas heridas: y seamos cautos, no sea que quien es curado desfallezca en manos del médico. ¿Qué nos importa que el niño lllore al ser llevado a la escuela? ¿Qué nos importa que rechace las manos del médico al ser cortado? Los apóstoles fueron pescadores, y el Señor les dijo: Os haré pescadores de hombres (Mateo IV, 19). Pero por el profeta se dice que Dios primero enviaría pescadores, luego cazadores (Jeremías XVI, 16). Primero envió pescadores, luego envía cazadores. ¿Por qué pescadores, por qué cazadores? De las profundidades del mar de la superstición idolátrica pescaron a los creyentes con las redes de la fe. ¿A dónde fueron enviados los cazadores? Cuando ellos vagaban por montes y colinas, es decir, por las soberbias de los hombres, por los tumores de la tierra. Un monte es Donato, y otro monte es Arrio; otro monte es Fotino, otro monte es Novato: por estos montes erraban; su error necesitaba cazadores. Por eso se distribuyeron los oficios de pescadores y cazadores, no sea que ellos nos digan: ¿Por qué los apóstoles no obligaron a nadie, no empujaron a nadie? Porque es pescador, lanza las redes al mar, lo que atrape, lo arrastra. Pero el cazador rodea los bosques, sacude los matorrales, con terrores multiplicados por todas partes obliga a entrar en las redes. No vaya por aquí, no vaya por allá: de aquí acércate, de aquí golpea, de aquí aterroriza; que no salga, que no escape.

Pero nuestra red es la vida, solo que se conserve el amor. No atiendas a cuán molesto le eres, sino a cuánto lo amas. ¿Qué piedad es, si te abstienes y él muere?

CAPÍTULO X.

12. Semejanza que enseña que es piedad no perdonar a los herejes obstinados, para que no perezcan. Hermanos, considerad también esta comparación y semejanza: una cosa puede tener muchas semejanzas. Los hombres nacen con la condición de que todo hombre quiere ser sucedido por sus hijos; y no hay nadie que no desee o espere este orden en su casa, que los generadores de hijos cedan, y los generados sucedan. Sin embargo, si un padre anciano enferma: no digo, si el hijo, a quien el padre asiste, a quien busca como heredero, a quien desea como sucesor, a quien engendró para que viva cuando él muera; no digo esto: si el padre anciano enferma, a punto de irse, ya cercano a la muerte, ya pidiendo el orden de la naturaleza, ya sin tener más allá de lo que espera; sin embargo, si enferma, y su hijo piadoso está a su lado, y el médico ve que está oprimido por un sueño letal y nocivo, es paciente con el anciano que va a morir por esos pocos días que puede vivir aquí; el hijo está de pie, y asiste al padre solícito: y cuando oye al médico decir, Este hombre letárgico puede morir si se le permite dormir; si queréis que viva, no debe dormir: ese sueño nocivo lo oprime, que es tanto nocivo como dulce. Pero su hijo, advertido por el médico, está de pie solícito, molesto para el padre, lo golpea; y si su golpe es vencido, lo pellizca; y si el pellizco no hace nada, lo pincha. Ciertamente es molesto para el padre: y sería impío si no lo fuera. Pero aquel a quien le agrada morir, rechaza a su hijo molesto con triste mirada y voz: Déjame en paz; ¿por qué me molestas? Pero el médico dice que si duermes, morirás. Y él: Déjame; quiero morir. El anciano dice, Quiero morir: y el hijo es impío si no dice, Yo no quiero. Y esa vida es temporal, ni él será perpetuo en ella, a quien el hijo es molesto para despertar; ni él que sucede al padre que se va y muere. Ambos pasan por ella, ambos vuelan temporalmente por ella: y sin embargo, son impíos si no se cuidan mutuamente incluso con molestias para esa vida temporal. ¿Acaso veré a mi hermano oprimido por el sueño de una costumbre nociva, y no lo despertaré, por temor a ser molesto al que duerme y perece? Lejos de mí hacer eso, ni siquiera si al vivir él nuestra herencia se viera reducida. Ahora bien, cuando lo que vamos a recibir no puede dividirse, cuando, al multiplicarse el poseedor, no puede reducirse; ¿no lo levantaré, aunque sea molesto, para que despierte, y careciendo del sueño del error más antiguo, se regocije conmigo en la herencia de la unidad? Sin duda lo haré; si estoy despierto, lo haré: si no lo hago, yo también duermo.

CAPÍTULO XI.

13. Contra los herejes que dividen la Iglesia. Amadísimos, el Señor fue interpelado por alguien, mientras hablaba a las multitudes, y le dijo: Señor, di a mi hermano que divida conmigo la herencia. Y el Señor: Hombre, ¿quién me ha constituido juez de herencias entre vosotros? (Lucas XII, 13, 14). No desdeñaba reprimir la codicia, pero no quería ser juez para la división. Pero nosotros, amadísimos, no busquemos a él como juez de tales cosas, porque nuestra herencia no es de ese tipo; con rostro puro, con buena conciencia interpelemos a nuestro Señor, y que cada uno de nosotros le diga: Señor, di a mi hermano, no que divida, sino que mantenga conmigo la herencia. ¿Qué quieres dividir, hermano? Pues lo que el Señor nos dejó no puede dividirse. ¿Es oro, para que se saque la balanza de la división? ¿Es plata, es dinero, son esclavos, son ganados, son árboles, son campos? Pues todas estas cosas pueden dividirse. No puede dividirse, Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27). Finalmente, incluso en las herencias terrenales, la división las hace menores: imagina dos hermanos bajo un mismo padre; todo lo que posee el padre, es de ambos, todo de uno, todo del otro. Por lo tanto, si se les pregunta sobre sus bienes, así responden: ¿De quién es, por ejemplo, aquel

caballo? Y si le dices a uno de ellos: Es nuestro. ¿De quién es aquel terreno, aquel esclavo? En todo responde: Es nuestro. Pero si dividen, ya se responde de otra manera. ¿De quién es aquel caballo? Mío. ¿De quién es este? De mi hermano. He aquí lo que te hizo la división. No adquiriste uno, sino que perdiste uno. Si entonces tuviéramos una herencia que pudiera dividirse, no deberíamos dividirla, para no disminuir nuestras riquezas. Y ciertamente nada es tan inoportuno para los hijos como querer dividir mientras el padre vive. De hecho, si intentan hacer esto, si se esfuerzan en litigios y contiendas para reclamar cada uno sus partes, exclama el anciano: ¿Qué hacéis? Aún vivo. Esperad un poco mi muerte, entonces cortad mi casa. Pero nosotros tenemos a Dios como padre: ¿por qué vamos a la división? ¿por qué vamos a las disputas? Ciertamente esperemos: si pudiera morir, dividamos.